Cuentos

La banquita de
don Anselmo

Jesús Vladimir Alcántara Flores

Una odisea más

Eugenio Valle Molina

La decisión de
los campeones

Patricia del Río Herrera

6° CONCURSO

IEDF

IEDF
INSTITUTO ELECTORAL
DEL DISTRITO FEDERAL

Instituto Electoral del Distrito Federal

Consejero presidente:	Isidro H. Cisneros Ramírez
Consejeros electorales:	Gustavo Anzaldo Hernández
	Fernando José Díaz Naranjo
	Ángel Rafael Díaz Ortiz
	Carla A. Humphrey Jordan
	Yolanda C. León Manríquez
	Néstor Vargas Solano
Secretario ejecutivo:	Oliverio Juárez González

Representantes de los partidos políticos

partido acción nacional

Propietario: Ernesto Herrera Tovar
Suplente: Raúl Herrera Espinosa

partido revolucionario institucional

Propietario: Marco Antonio Michel Díaz
Suplente: Juan Manuel Vicario Rosas

partido de la revolución democrática

Propietario: José Ángel Ávila Pérez
Suplente: Felipe Pérez Acevedo

partido del trabajo

Propietario: Ernesto Villarreal Cantú
Suplente: Adrián Pedro Cortes

partido verde ecologista de méxico

Propietario: Jorge Legorreta Ordorica
Suplente: Zuly Feria Valencia

convergencia

Propietario: Armando Levy Aguirre
Suplente: Hugo Mauricio Calderón Arriaga

nueva alianza

Propietario: Jesús Enrique Díaz Infante Chapa
Suplente: Miguel Ángel Arnaiz Mancebo del Castillo

alternativa socialdemócrata y campesina

Propietario: Carla Alejandra SanchezArmas García
Suplente: Salvador González Briseño

6

6to CONCURSO
DE TESIS, ENSAYO Y CUENTO
2 0 0 6

INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

COMISIÓN DE CAPACITACIÓN ELECTORAL Y EDUCACIÓN CÍVICA

DIRECTORIO
PRESIDENTA
Consejera electoral YOLANDA C. LEÓN MANRÍQUEZ

INTEGRANTES
Consejero electoral ÁNGEL RAFAEL DÍAZ ORTIZ
Consejero electoral NÉSTOR VARGAS SOLANO

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica
LAURA REBECA MARTÍNEZ MOYA, directora ejecutiva

Coordinación general: Cecilia Rivadeneyra Pasquel, directora de Difusión y Producción de Materiales
Editor: Valentín Almaraz Moreno, subdirector de Diseño y Producción de Materiales
Corrección de estilo: Nilda Ibarguren, técnica especializada "A"
Diseño y formación: Susana Cabrera, jefa del Departamento de Diseño y Producción

Ilustradora: Valeria Gallo
Autores: Jesús Vladimir Alcántara Flores, Eugenio Valle Molina, Patricia del Río Herrera

D.R. © Instituto Electoral del Distrito Federal
Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica
Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, delegación Tlalpan
14386 México, D.F.
www.iedf.org.mx

1ra. edición, noviembre de 2006
ISBN: 970-786-034-0
Impreso y hecho en México

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

Cuentos

La banquita de
don Anselmo

Jesús Vladimir Alcántara Flores

Una odisea más

Eugenio Valle Molina

La decisión de
los campeones

Patricia del Río Herrera

La banquita de don Anselmo 9

Una odisea más 41

La decisión de los campeones 79

La banquita de don Anselmo

Jesús Vladimir Alcántara Flores

ESCUELA

Nunca había visto las calles de Puerto Alegre con una atmósfera tan festiva; repentinamente se habían llenado de millares de papeletas de varios colores que animaban las banquetas y los camellones con tanto colorido. En realidad, lo que contenían aquellas papeletas era propaganda de algunos contendientes a representantes delegacionales. En ellas habían enmarcado sus propuestas de trabajo para darlas a conocer a la ciudadanía. De primera instancia no me interesaba quién había saturado las calles de papeles multicolores que parecían enormes confetis, ni sabía qué objeto tenía hacerlo, pero me agradaba verlas así, tan festivas como nunca…

A medida que pasaban los días, las calles se iban copando cada vez más de papeletas, hasta el grado de que nadie podía caminar sin pisarlas. Estudiaba entonces el segundo grado de primaria y entre semana sólo caminaba de mi casa a la escuela y de la escuela a mi casa; no salía mucho de la colonia; únicamente para jugar futbol con mi equipo, el Asteroides, que iba en primer lugar de la liga desde hacía un año.

Por esas fechas, todas las mañanas cuando me dirigía a la escuela solía saludar a don Anselmo, un señor de unos 70 años de edad, el hombre más conocido y respetado por todos los vecinos de Puerto Alegre. Él se sentaba desde temprano en una banca de concreto que la Delegación había puesto, desde que yo tenía unos tres años de edad, a un costado del largo y angosto parque de juegos infantiles que se ubicaba justo en medio del trayecto de mi casa a la escuela. Por las mañanas, cuando salía de casa echaba a correr para poder treparme al pasamanos, mientras mamá me alcanzaba caminando.

Los juegos aún estaban en buen estado, pero el parque en general se veía ya muy deteriorado, sobre todo porque había crecido demasiada hierba silvestre, tan alta que cuando me colgaba del pasamanos, las

puntas de mis pies tocaban las ramas más crecidas; no se diga en los columpios, que ya ni siquiera me podía mecer en ellos porque la hierba me frenaba cada vez que mis pies pasaban por en medio de ella, a menos que los subiera al asiento… Eso sí, la banca de don Anselmo siempre estaba limpia y despejada, porque él se encargaba de arreglar esa zona todos los días. A veces, mientras platicaba con algún vecino, arrancaba la hierba que crecía alrededor de la banca y luego barría con una escoba de varas todo el follaje removido para guardarlo en bolsas de plástico.

Mucha gente lo buscaba para pedirle algún consejo o simplemente para platicar; sin embargo, yo no sabía que supiera dar consejos o que tuviera algo de qué platicar. En un par de ocasiones lo había visto hacer extraños gestos que me hacían pensar que

estaba hablando solo, y era por eso que tenía la impresión de que había perdido sus facultades mentales. Sin embargo, esa idea se me fue esfumando poco a poco porque cuando me veía siempre me reconocía; invariablemente me llamaba "mi Coronel". Yo no sabía por qué me había nombrado así, pero solía decir que yo era tan intrépido y valiente como él en sus años mozos, y quizás a eso respondía el sobrenombre que me había puesto, pero en fin, me agradaba que me llamara así porque me hacía sentir importante.

—Hola mi Coronel –me gritaba a lo lejos, mientras llevaba su mano extendida a su sien derecha, sugiriendo un saludo militar.

En un principio no le respondía el saludo porque me daba temor su enérgico tono de voz. Él había sido militar casi durante toda su vida y así lo hacía notar cuando hablaba. Se había retirado del ejército hacía 10 años. La gente de la colonia rumoraba que la bala de un compañero accidentalmente le había alcanzado la rodilla y entonces había tenido que comenzar a usar un largo bastón que le llegaba 10 centímetros arriba de la cintura. Lo que le había ocurrido no

era ningún impedimento para que continuara ejerciendo su labor como militar, pero él lo había decidido así, y por eso ahí estaba todas las mañanas… Compraba el periódico y, según decía papá, lo leía de cabo a rabo, lo cual me llamaba la atención demasiado, porque no comprendía cómo alguien podía leer tantas palabras en un solo rato; sin embargo, por alguna razón, lo creía.

Comencé a perderle el miedo y empecé a devolverle el saludo; primero por órdenes de mi madre, pero después porque me gustaba hacerlo:

—Hola, mi Coronel –me gritó a lo lejos en aquella ocasión.

—Contesta, hijo –me dijo mamá–, te está saludando don Anselmo.

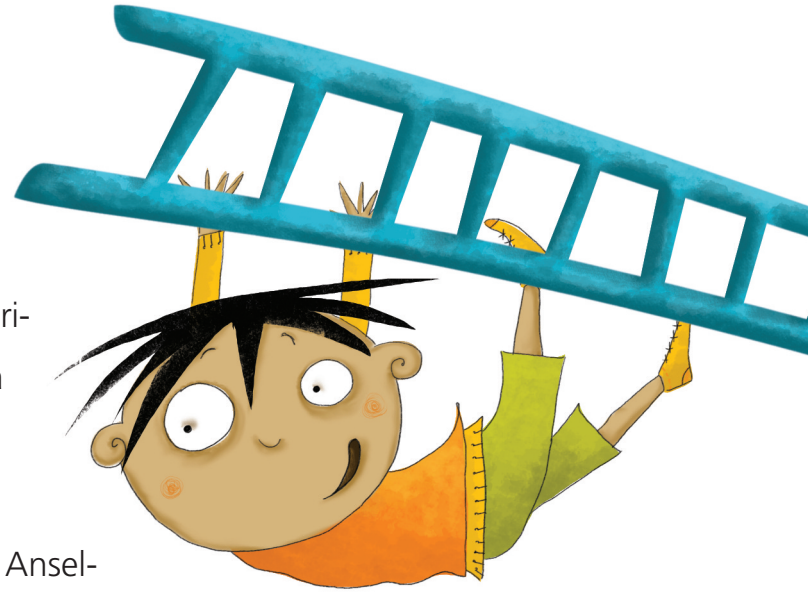
—Hola –contesté casi sin voz–. No dije más y seguí caminando rumbo a la escuela.

Fue desde esa ocasión que jamás le volví a temer a don Anselmo. Incluso se había vuelto mi amigo. A veces, cuando me trepaba al pasamanos

por la mañana, me llamaba para hacerme un truco de magia: me mostraba una mano extendida al derecho y al revés, con los dedos bien abiertos la iba acercando a mi frente sin que yo la perdiera de vista, la colocaba finalmente justo encima de mi cabeza y, de manera inexplicable, dejaba sobre mi pelo un dulce o un chocolate. No podía comprender cómo él lograba hacer cosas tan sorprendentes...

Un lunes la maestra acordó con mamá que yo no asistiría a clases los tres días siguientes, debido a una gripe que había contraído el fin de semana. Cuando salí de la escuela, la maestra me pidió que descansara mucho para que me repusiera lo antes posible, sin embargo, el mismo martes por la mañana yo ya me sentía repuesto y en cuanto me levanté me abrigué y fui a jugar al parque. Ahí estaba don Anselmo como todos los días, leyendo el periódico.

—Hola mi Coronel –se dirigió a mí–. ¿Hoy no fue a la escuela?



—Hoy no, don Anselmo –respondí.

Él siguió atento a su lectura y yo colgado del pasamanos. Decidí subirme completamente y recostarme bocabajo sobre los barrotes horizontales para observarlo desde arriba, quería ver que no se saltara ni una sola página del diario. Terminó de leerlo y me le acerqué.

—¿De verdad lee todo el periódico, don Anselmo? –le pregunté.

—No, únicamente lo más importante –me respondió.

—¿Cómo sabe qué es lo más importante? –volví a preguntarle.

—Es muy sencillo, mi Coronel –me dijo–, todo aquello que tenga que ver con tu comunidad es lo más importante.

—No entiendo –respondí.

—¿Has visto que nuestra colonia está llena de papeletas de todos colores?

—Sí –le contesté de inmediato.

—Pues está así porque habrá elecciones de representantes delegacionales y los candidatos nos informan a los ciudadanos sobre sus propuestas para mejorar los servicios que se ofrecen en las colonias… esos son asuntos que tienen que ver con todos nosotros.

De principio no me interesó mucho el tema; únicamente quería saber si don Anselmo terminaba de leer el periódico completo. Me fui a mi casa y comencé a hacer la tarea que la maestra me había dejado; sin embargo, estaba un tanto desconcentrado, mi mente saltarina se dirigía a la alegría que revestía las calles de Puerto Alegre; no me llamaba la atención el contenido de las papeletas, sino que me gustaba ver cómo adornaban las calles. Así que salí de casa y comencé a recoger todas cuantas me fue posible; no sabía qué haría con ellas pero me gustaba tomarlas por puñados y aventarlas al aire. Las llevé a casa, y al revisarlas detenidamente me di cuenta de

que sólo eran cinco tipos de papeletas –aunque había creído que eran más– que contenían diversas propuestas para mejorar las colonias. Una proponía, entre otras cosas, una mejora en el alumbrado público; otra resaltaba la necesidad de reparar el drenaje, otra planteaba la instalación de tuberías para hacer llegar agua potable a más hogares, una más indicaba que de triunfar mejoraría el servicio de limpia, y la última proponía mejorar y construir más zonas deportivas y parques recreativos. Esta última propuesta me gustó, e indudablemente comencé a interesarme en la contienda; la creación de un nuevo parque me entusiasmaba demasiado.

Desde ese momento fue que me comenzó a interesar el tema; sobre todo porque quería que ganara la propuesta de esa última papeleta; no porque los demás temas no fueran importantes, sino porque me entusiasmaba la mejora y construcción de más lugares recreativos para que los niños y los jóvenes pudiéramos divertirnos. Comencé a estar atento a la contienda. Cada vez aparecían más papeletas con las mismas leyendas, y carteles pegados en los postes y otros tipos de propaganda. Un candidato, incluso, había mandado a atar hilos de extremo a extremo de las azoteas de la calle ancha y había colgado en ellos muchos globos y serpentinas para hacer más visible su propaganda; afortunadamente para mí, era el de la papeleta morada, con cuya propuesta de parques recreativos y zonas deportivas yo estaba más que de acuerdo. Ganaría… yo tenía la certeza.

El miércoles por la mañana también me dirigí al parque. Ahí estaba don Anselmo sentado en esa banca de concreto, leyendo el periódico como de costumbre.

—Hola, mi Coronel –me dijo.

—Hola don Anselmo –le respondí–. ¿Usted a quién le va?

—¿De qué me habla, mi Coronel?

—Pues de la contienda.

—Ah… ¿conque le interesa la elección, mi Coronel? –me dijo, sorprendido–. Mira… yo estoy de acuerdo en que a la colonia le hace falta más alumbrado público, pero en fin, todo es necesario. Además, lo que prometen es sólo su propuesta principal; habrá otras cosas que seguramente harán… –retomó la lectura de su periódico y yo me quedé atento para ver cómo era que leía tan rápido una noticia. Casi no movía la cabeza, movía más la vista, de lado a lado y sin detenerse; en sólo unos cinco minutos fijó su mirada en otra noticia; me sorprendió el tiempo en que leyó esta otra, fue un poco más rápido que la anterior, y al terminarla dijo:

—Estos asuntos de la democracia...

—¿Qué es la democracia? –le pregunté.

—Ah, es cuando toda la comunidad decide qué es lo que conviene hacer…

—¿Como en las votaciones que se harán el domingo?

—Así es, mi Coronel.

Fui a casa para continuar con la tarea, pero ya estaba bastante intrigado con la contienda que se llevaba a cabo y no me podía concentrar bien, sin embargo, decidí terminarla rápido para poder estar atento a las campañas. El miércoles por la tarde, los cinco candidatos habían tenido actividades en varias colonias y hasta vi por las noticias al de la propaganda morada. Parecía el más seguro de todos.

El jueves por la mañana me dirigí otra vez a los juegos y ahí estaba don Anselmo, leyendo su periódico.

—Yo ya sé por quién voy a votar –le dije–. Tenía en mente decirle que por las papeletas moradas.

—Todavía no puede usted votar, mi Coronel –me dijo antes de que pudiera decirle por quién.

—¿Por qué no…? –le pregunté, intrigado.

—Porque sólo pueden hacerlo los que ya cuentan con 18 años de edad…

No me pareció justo que no pudiera votar, pero después de todo no me duró tanto el disgusto. Estaba seguro de que muchas personas votarían por mi candidato favorito. De cualquier manera, me pareció importante platicar con papá sobre la necesidad de los parques recreativos y las

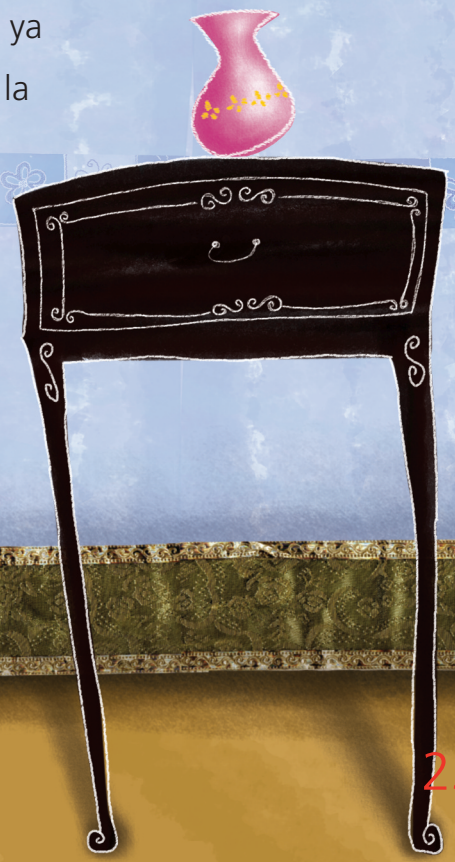
zonas deportivas, y se lo dije muy entusiasmado, incluso al final de la charla hasta le pedí que votara por el de la propaganda morada. A papá, sin embargo, le parecía buena la propuesta de mejorar el servicio de limpia, según me dijo.

Por fin llegó el domingo de elecciones, y yo me quedé despierto hasta las once de la noche esperando conocer los resultados. Estaba sumamente intrigado porque no tenía la menor idea de quién llevaba ventaja sobre quién, pero me venció el sueño. El lunes me levanté temprano y me dirigí a la escuela. Apenas era la hora del recreo y yo ya tenía ganas de salir para poder enterarme de los resultados de la contienda electoral. Tenía muchas ganas de llegar a casa y preguntarle a papá, a mamá o a alguien que supiera, quién había ganado.

De regreso a casa me encontré a don Anselmo; aún estaba sentado en la banquita.

—Mi Coronel –me dijo–, ¿ya vio quién ganó…?

—No –le respondí–. ¿Quién, don Anselmo?



—El de la propaganda morada –me dijo–, tienes buen ojo…

Me puse muy contento y corrí a casa para darle la noticia a mamá. Ella ya conocía los resultados, pero platicamos largamente acerca de la construcción y remodelación de parques recreativos y zonas deportivas. Yo imaginaba que de inmediato comenzarían con la remodelación de ese viejo parque. Todas las mañanas durante el trayecto a la escuela echaba un vistazo para ver si había algún avance; sin embargo, no veía nada.

—¿Por qué no han remodelado nuestro parque? –le pregunté un día a don Anselmo.

—Es que son muchas colonias, pero ya vendrán a la nuestra –dijo.

Al fin, cinco meses después aparecieron unas personas de la Delegación. Platicaban largamente con don Anselmo un sábado muy temprano. Yo estaba extrañado porque jamás los había visto por ahí. Se habían enterado del reconocimiento y respeto que don Anselmo tenía en nuestra colonia. Ellos dialogaban con él porque tenían una disyuntiva: no sabían si construir una zona deportiva o remodelar el parque recreativo. Don Anselmo les prometió que resolvería el dilema e inmediatamente reunió a un grupo de vecinos para anunciar, por medio de cartulinas pegadas en los postes, la realización de una votación para que los colonos determinaran lo que era conveniente hacer. La jornada se llevaría a cabo el siguiente domingo, para lo cual se instalaría una sola urna de depósito de votos, un templete y un micrófono, para hacer el conteo frente a todo aquel que deseara ser testigo de los resultados.

Al principio todo marchaba bien, pero en sólo dos días la comunidad comenzó a dividirse. Unos decían que era conveniente remodelar el parque recreativo porque había muchos niños en la colonia y se aprovecharía más; otros, sobre todo los jóvenes, le apostaban a la construcción de una zona deportiva, lo que significaba que quitarían nuestros juegos. A mí no me gustó nada la idea, pero había aprendido que lo conveniente era hacer lo que la comunidad determinara por mayoría.

Los colonos se enardecían cada vez más. El viernes antes de la elección, se registró un enfrentamiento entre dos grupos de personas; unos apoyaban una, y los otros la otra opción. Afortunadamente no hubo ningún lesionado; los ánimos se enfriaron poco a poco aquel día y todos se fueron a su casa.

Llegado el domingo, la elección se llevó a cabo en la avenida ancha de Puerto Alegre; sin embargo, en la mañana de aquel

día la jornada transcurría muy tensa, se habían reunido uno y otro grupo de personas en espera de los resultados; se podía pensar que los acercamientos entre ambos grupos terminarían en una riña callejera. El asunto parecía empeorar cada vez más, ya que al cierre de la votación, hacia las seis de la tarde, comenzó una guerra de proyectiles entre los grupos rivales. Yo me asusté mucho porque, a pesar de que me encontraba retirado de ambos bandos, los proyectiles llegaban muy cerca de mí. Papá me tomó de la mano y me retiró aún más. Todo era un caos, hasta que don Anselmo subió al templete y tomó el micrófono…

—Me da vergüenza –externó don Anselmo con su enérgica voz–, nunca creí que ustedes se comportarían así... Vecinos que antes se saludaban amablemente, ahora terminan como grandes enemigos, lanzándose objetos sin reparar en los daños que puedan ocasionarse.

Don Anselmo conocía a los miembros de ambos bandos y siempre había sido respetado por ellos y por los demás colonos. Todos, al oírlo, se quedaron paralizados, como si estuvieran avergonzados.

—¿Creen que la mejor manera de decidir algo es a golpes? –preguntó a todos–. Pues no… es la peor. ¿Cuántas veces creen ustedes que me lié a golpes en mi juventud?... Muchas, muchas, ¿y saben qué conseguí de todo eso?... Nada… ¿Ven esta rodilla? –continuó–. No fue una bala perdida, sino que me disparó un hombre en medio de una riña. Pero en fin; quédense con la urna y hagan de ella lo que quieran.

Don Anselmo bajó del templete y dio unos ocho pasos en dirección a su casa, cuando se escuchó por el micrófono una voz de mujer que le hacía un llamado para que volviera. Era una joven que

había estado lanzando proyectiles y que apoyaba la creación de la zona deportiva.

—Regrese, don Anselmo –dijo la mujer–, le ofrezco una disculpa en nombre de todos los que estaban conmigo.

Antes de que volteara don Anselmo, un hombre de complexión robusta que pertenecía al otro bando se había subido al templete para pedir amablemente el micrófono a la mujer.

—Regrese, don Anselmo –dijo él, apenado–, nosotros también queremos ofrecerle una disculpa.

Don Anselmo volvió la mirada y sonrió alegremente, volteó y apoyó su bastón en el suelo para caminar rumbo al templete, lleno de júbilo. Subió y tomó de nueva cuenta el micrófono:

—Me da un inmenso gusto que recapaciten –dijo–, y por eso voy a colaborar en esta votación hasta el final, pero antes quiero decirles algo: cualquiera que sea la opción ganadora, los beneficios serán para todos; es decir, que si gana la opción de crear de un parque recreativo, los que hayan votado por una zona deportiva también van a poder hacer uso de las instalaciones sin ninguna reserva, y viceversa, porque los beneficios de una democracia son para todos, sin excepción.

Eran casi las siete de la noche cuando don Anselmo y un par de personas, también de avanzada edad, hacían el conteo en silencio; todos los colonos permanecían impacientes esperando los resultados, hasta que aproximadamente 30 minutos después de iniciado el conteo los resultados quedaron listos. Entonces don Anselmo tomó el micrófono:

—Los resultados son los siguientes –dijo con su gran voz–: 425 votos por la creación de una zona deportiva contra 355 que escogieron la remodelación del parque recreativo. De esta decisión daré aviso a la Delegación para que cuanto antes comiencen las obras.

Todos los colonos habían quedado conformes; el grupo de personas que apostaba a la creación de la zona deportiva se dispersaba entre porras, y el otro grupo no hacía tanta algarabía, sin embargo, ya no estaban enfadados como unas horas antes. Incluso varios de ellos, en compañía de los primeros, se reunieron amistosamente al término de la jornada a los costados del parque para observarlo y platicar sobre las obras que iniciaría la Delegación.

Los resultados no me gustaron mucho, pero en fin, eso había elegido la comunidad. Además, también podría jugar en la zona deportiva… La multitud se dispersó y el siguiente fin de semana se encontraba en la colonia un grupo de hombres que habían llegado con palas y zapapicos para escarbar; transportaban todo el cascajo en camiones de carga, y aunque el objetivo no era remodelar el parque recreativo, me comencé a sentir emocionado por el deportivo que iban a crear.

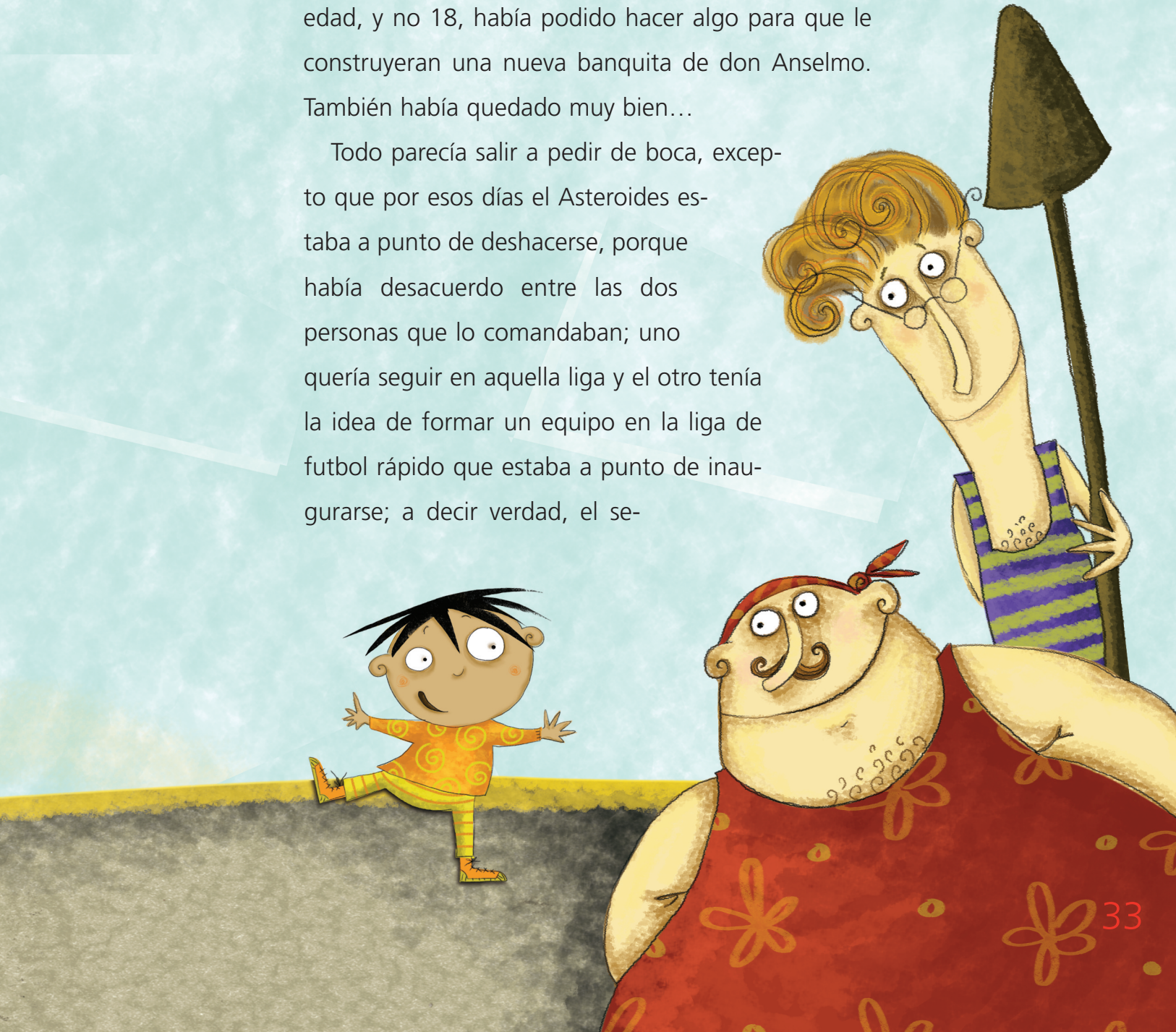
La zona deportiva había quedado completa en sólo tres meses… Era verdaderamente inmejorable, y lo que más me había dado gusto era que los trabajadores habían encontrado la manera de construirla dejando intactos los juegos; los que estorbaban para la construcción de canchas, únicamente los habían reubicado en otro lugar. Todo había salido muy bien, le habían colocado alrededor malla ciclónica para detener los balones, con entradas tubulares estratégicas para que todos pudiéramos tener acceso fácilmente. Habían hecho a lo largo del camellón cuatro canchas de basquetbol, dos de futbol rápido, dos de voleibol, y al final una de frontón.

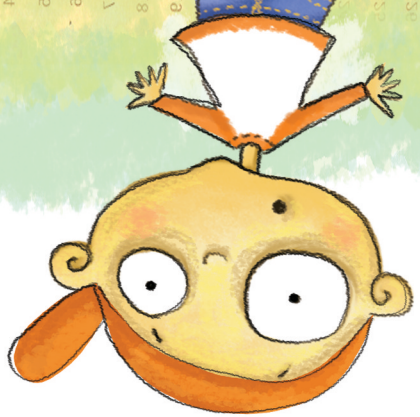
Poco antes de que se llevaran el último montón de cascajo, detrás de la malla ciclóni-

ca, don Anselmo observaba gustoso, con su bastón en mano, cómo había quedado la zona deportiva. Cuando estaban echando las últimas paladas de tierra, me di cuenta de que él observaba de pie porque ya no estaba la banca de concreto; también la habían demolido. Entonces corrí inmediatamente para hablar con los trabajadores. Les expliqué que don Anselmo solía sentarse ahí todas las mañanas y que él era muy querido por todos los vecinos. Les pedí de favor que hicieran una banquita igual. Uno de los trabajadores de inmediato acudió con el jefe de obras y le expuso lo que yo le solicité; sorprendentemente dijo que sí, pues habían sobrado algunos bultos de cemento y un poco de arena y también algunas maderas que servirían como molde para darle forma a la banquita. En menos de una hora la habían construido, únicamente había que quitar las maderas cuando secara el cemento, lo cual fue algo muy sencillo. Me

di cuenta de que aunque sólo tenía siete años de edad, y no 18, había podido hacer algo para que le construyeran una nueva banquita de don Anselmo. También había quedado muy bien…

Todo parecía salir a pedir de boca, excepto que por esos días el Asteroides estaba a punto de deshacerse, porque había desacuerdo entre las dos personas que lo comandaban; uno quería seguir en aquella liga y el otro tenía la idea de formar un equipo en la liga de futbol rápido que estaba a punto de inaugurarse; a decir verdad, el se-





gundo estaba impaciente por estrenar las nuevas canchas. Ambos acordaron hacer una última reunión para ponerse de acuerdo, pero no lograban nada. Entonces levanté mi voz y propuse que los niños lo decidiéramos con levantamiento de mano; mi propuesta fue aceptada inmediatamente, sin embargo, siete niños votaron por seguir en aquella liga y los otros siete por formar el equipo de futbol rápido, así que las cosas seguían igual. ¿Qué habría hecho don Anselmo –me pregunté–, si las dos opciones eran igual de válidas?... Pues aceptar las dos –me respondí también.

—-Tengo una idea –les dije–. Podríamos estar en las dos si escogemos partidos temprano en nuestra liga y un horario por la tarde para los de futbol rápido. Todos estuvieron de acuerdo, pero sólo a nueve niños nos

dieron permiso para jugar por las tardes; justo lo que necesitábamos: un equipo con nueve niños. Le llamamos Asteroides II. A mí me hubiera gustado ver a todos jugando en ambos equipos, pero los cinco niños restantes tenían otras actividades por las tardes con su familia.

El primer domingo jugamos futbol rápido a las ocho de la noche y ganamos por marcador de tres a uno. Yo anoté un gol; robé el balón casi desde nuestra portería y me lo llevé hasta la media cancha, se lo pasé a un compañero que se fue por la banda derecha, mandó centro y se le fue por en medio de los pies a uno de los defensas, llegué yo por el otro costado y disparé; el portero ni siquiera vio cuando entró: se quedó desorientado esperando que siguiera la jugada. Me sentí muy contento porque mi papá vio la anotación.

El lunes cuando regresaba de la escuela me encontré a don Anselmo leyendo su periódico y desde lejos le grité:

—Anoté un gol anoche con el Asteroides II…

Levantó la cara y esbozó una gran sonrisa; continuó leyendo su periódico ahí, sentado en su banquita de concreto, como todos los días.

Para entonces ya había descubierto por mi propia cuenta cómo hacía don Anselmo el truco del chocolate en mi cabeza: únicamente lo ponía en el puño de su manga y lo dejaba caer cuando su mano ya estaba fuera de mi vista; un día se lo hice yo y él comenzó a reír al verse descubierto. Después empecé a leer todo lo que llegaba a mis manos, ya casi lo hacía tan rápido como don Anselmo y eso me motivaba más; estaba seguro de que llegaría a leer a esa velocidad en po-

cos años, y cuando lo lograra lo retaría a hacerlo en el menor tiempo posible… Ya leía noticias cortas en ocho minutos, aunque a veces me costaba trabajo comprenderlas, porque estaba más preocupado por terminarlas que por entender el contenido; al tiempo las leía y las comprendía en esa misma fracción de tiempo. Estaba seguro de que pronto lo retaría…

En una ocasión en que iba a la escuela me di cuenta de que don Anselmo no estaba sentado en la banquita, como de costumbre. Me extrañó mucho porque no había día en que no estuviera ahí. Volví hacia un costado la mirada y observé que la casa de don Anselmo estaba llena de decenas de coronas florales. Sentí un frío que

me recorrió toda la espalda, desde arriba hacia abajo, y fui corriendo a su casa. Don Anselmo había fallecido repentinamente. Me puse muy triste y fui a casa corriendo, avisé a mi mamá y por la tarde regresé con ella y con papá para acompañar a sus familiares.

El funeral estaba repleto de gente; no cabía una persona más. Jamás se habían reunido tantos colonos en una casa de Puerto Alegre. Como pude logré acercarme hasta donde yacía don Anselmo; volteé la mirada y vi a un hombre que me llamó la atención, portaba sombrero y gabardina oscura, se aproximaba lentamente al féretro hasta que llegó a él, dejó rodar un par de lágrimas por sus mejillas, se quitó el som-

brero para ponérselo en el pecho, inclinó la cabeza y pronunció en voz muy baja unas palabras:

—Gracias, don Anselmo –dijo el hombre–. Aprendí mucho de usted… Hoy sé que puedo perdonar si alguien me agravia, porque usted me perdonó cuando yo lo herí… Ahora sé que no es bueno manejar armas… Jamás volví a disparar una…

Me sorprendí tanto de lo que escuché que me quedé pasmado, pero en ese momento pude comprender qué era lo que hacía tanta gente en ese lugar… Yo también le agradecí todo lo que me había enseñado desde su banquita de concreto… la banquita de don Anselmo.

Una odisea más

Eugenio Valle Molina

1. Una ventana a la libertad

Mientras busco la autobiografía de Pablo Neruda en mis libreros, pues debo escribir un texto sobre su obra, pienso en lo que mi novia me dijo ayer, a la salida del teatro.

Los años han pasado y ahora, que tengo publicados varios libros, que intento preparar el ensayo acerca de ese poeta chileno para obtener una beca, recuerdo una serie de acontecimientos que sucedieron cuando yo apenas tenía quince años y estudiaba el primer año de secundaria. Es cierto que no me fue fácil comenzar, pero todo me resultó más llevadero desde que alguna vez leí, en una entrevista a Ernesto Hemingway: "Mientras se pueda empezar, no hay problema".

Si el gran escritor norteamericano pronunció esa frase al referirse a la creación literaria, creo que también se puede pensar lo mismo en las demás actividades que realiza el ser humano.

Hasta los 10 años, mi niñez fue un carrusel de sueños y días perdidos que se consumían bajo la flama gris de la ceguera. Solía jugar en un rincón de mi casa con soldados y luchadores de plástico, o me quedaba horas parado frente a la ventana, oyendo los ruidos de la calle. Una tarde, Manuel, el hijo de una vecina, se me acercó y me preguntó:

—¿Y por qué tú no vas a la escuela, como Cecilia y yo?

—No sé, no lo sé–le contesté y me fui a jugar solo como siempre. Yo casi nunca hablaba, ni mucho menos jugaba con los niños que vivían en la vecindad; ellos siempre se burlaban de mí. Prefería estar frente a la única ventana de mi casa escuchando a los demás divertirse y gritar en la calle por donde la gente volvía de su trabajo, haciendo planes, en la época en que la Navidad sembraba luces de colores en los patios y los edificios. Sin embargo, la pregunta de Manuel me hizo pensar en que yo no sabía escribir ni leer. Ceci, mi hermana mayor, casi nunca jugaba conmigo, porque tenía que hacer su tarea o ayudar en las labores de la casa. Recuerdo que algunas veces, mientras yo permanecía acostado boca arriba sobre

mi cama, ella me describía todo lo que pasaba al otro lado de la ventana: "Mira, Memo, ahí va un perro amarillo, orejón"; o, "fíjate, en la esquina hay una muchacha que atiende un puesto de jugos, lleva un vestido verde". Una ventana, lo creo ahora, mientras enciendo un cigarro, no es solamente un rectángulo de cristal en el que se puede mirar a un hombre recoger la basura o ver a una pareja besarse al pie de un árbol deshojado, sino también representa algo más: el fraguar sueños e ilusiones desde lo íntimo, desde lo que nos pertenece y nos alienta para salir al mundo. Una mañana de diciembre, mientras doña Licha y mi mamá estaban lavando la ropa en el patio, Ceci dijo que iba a ir a la papelería.

—Yo quiero ir con ella –le dije a mi madre, atándome las agujetas de los zapatos.

—¿Para qué, m'hijo? –preguntó ella, abriendo la llave del agua.

—Porque yo también quiero comprar una cajita de lápices.

Mi hermana ya iba en quinto año de primaria y, no sé por qué razón, a mí me gustaba el olor a lápiz que despedía su uniforme.

—¿Y para qué los quieres Memo, si tú no puedes escribir?

Mientras yo permanecía en silencio, ante la pregunta de mi madre, fue la vecina quien dijo:

—Pues fíjese, doña Susi, que en esta ciudad hay una escuela donde a los niños como Memo les enseñan a escribir y a leer, para que puedan salir adelante como cualquier persona.

—¿De veras, doña Licha?

—Claro que sí.

—¿Y cómo pueden hacerlo, si no ven? –preguntó mi mamá, mientras enjuagaba un suéter. Entonces, la señora dijo:

—Pues les enseñan el abecedario a base de puntitos. Creo que se llama Sistema Braille, y de esa forma pueden hacer apuntes y hasta cuentas.

—¿Y por dónde está esa escuela, doña Licha? –le pregunté con curiosidad.

—No sé bien, Memo, pero si te interesa, mañana puedo ir con tu mamá a la lechería y le preguntamos la dirección a la trabajadora social.

—Pues ya veremos, señora murmuró mi madre.

Entré a mi casa y encendí el radio para entretenerme. Desde ese día, la idea de estudiar me llenaba la mente. De noche y en mi cama, no pensaba en otra cosa, sino en lo que había dicho la vecina.

Al principio, no fue fácil hacerle comprender a mis papás que yo deseaba estudiar como Cecilia y como los demás niños, pues ellos nunca

me habían permitido salir solo a la calle por temor a que me cayera o a que alguien me insultara, pero doña Licha me ayudó a convencerlos.

Los días pasaron y después de que mi mamá se informó, fui con ella a una escuela que tenía muchos árboles y varios juegos mecánicos. Jugué y estudié con otros niños, quienes también ignoraban los matices de los siete colores contra el cielo de marzo. Sin embargo, en el territorio indeciso de las sombras, también impulsaban un carrusel de sueños y fantasías.

Al paso del tiempo, aprendí el Sistema Braille, a resolver muy bien las operaciones más elementales en el ábaco y hasta llegué a tocar la guitarra. Recuerdo que cuando los amigos de mi padre venían de visita, él les contaba de mis estudios y ellos me pedían que les tocara una melodía.

Un domingo, después de ver el futbol, don Martín, el jefe de mi papá, me preguntó:

—¿Qué quieres ser de grande, Memo?

Después de pensar unos segundos, respondí levantando la frente: ¡quiero ser escritor!

—¡Escritor!

—Sí, señor.

—¿Y por qué escritor y no abogado? –me volvió a preguntar.

—Porque quiero escribir poemas y cuentos, como los que leo en mi libro de español. No sé de dónde obtuve la seguridad para contestar de ese modo, y no decir como la mayoría de los niños, que deseaba ser bombero, policía o astronauta. Mi respuesta tiene un origen sencillo. Mucho antes de ir a la primaria, ya sentía una gran emoción al escuchar, en alguna radiodifusora, declamar a un locutor poemas dedicados a la madre, a la patria o a la bandera.

Los años pasaron. Una tarde de mayo, mi mamá me preguntó mientras servía la cena:

—¿Y, después de salir de la escuela, qué vas a hacer?

Su pregunta me llenó de un profundo miedo a lo desconocido. En un mes terminaría mis estudios en el Instituto, donde ya contaba con varios amigos y donde los maestros nos habían enseñado, además de español,

~ 339 ~
Se otorga este certificado a
Guillermo Sandoval
como constancia de que terminó
sus estudios de nivel primaria
En la ciudad de México
el día 12 del mes de
julio del año 1994
Miguel Angel Gallo
Director
~ 339 ~
Se otorga este certificado a
Laura Olmos
como constancia de que terminó
sus estudios de nivel primaria
En la ciudad de México
el día 12 del mes de
julio del año 1994
Miguel Angel Gallo
Director

matemáticas, valores como la justicia y la democracia: que todos somos iguales, con los mismos derechos y deberes. Tomé el atole de coco y respondí:

—Me gustaría ir a la secundaria. Entonces, mi papá me acarició un hombro y preguntó:

—¿Pero no crees que será más difícil para ti?

—Bueno, comprendo que será difícil, pero la maestra Lulú me ha dicho que hay personas como yo que han estudiado leyes, psicología o cualquier otra profesión.

Después de recibir muy orgulloso mi certificado de primaria, y de bailar con Laura el vals *Sobre las olas,* de Juventino Rosas, vinieron otros temores a mi vida. Lo único que conocía del mundo era la convivencia cotidiana con mi familia y aquella época de estudios en un Instituto, al lado de niños que en el reino movedizo de la ceguera nos comprendíamos y nos respetábamos.

Durante el último mes de clases, una de las profesoras me ayudó a resolver un cuestionario con las posibles preguntas que vendrían en el examen de admisión a la secundaria. Sin embargo, una sola duda me revoloteaba en la cabeza: ¿cómo me irían a tratar mis nuevos compañeros?

Interrumpo mis pensamientos al encontrar el libro en el anaquel más bajo. Lo abro y paso las manos por sus páginas: Neftalí Ricardo Reyes Basualto, quien en 1920 adoptaría el seudónimo Pablo Neruda, nació en

Parral, Chile, el 12 de julio de 1904, pero su infancia y su adolescencia transcurrieron entre la flora y la fauna de Temuco, a donde se trasladó en compañía de su padre.

2. El rayo que no cesa

Una mañana de finales de agosto, fui a la secundaria donde Ceci había hecho sus estudios. Al formarme en la fila para realizar la inscripción, un empleado me vio y fue a avisarle al director. Éste dijo que deseaba hablar con mis padres y mi asesora. Entre gritos y empujones, nos dirigimos a su oficina.

—Siéntense –ordenó el ingeniero Zabaleta, que así se apellidaba el director, mientras revisaba mi certificado, mi carta de buena conducta y otros documentos. Al cabo de unos minutos, encendió un cigarro y le preguntó a su secretaria:

—¿Usted sabe quién le permitió la preinscripción a este niño?

—No, ingeniero –contestó la señorita muy confundida.

Entonces, fue la maestra Angélica quien tomó la palabra, con su seguridad de siempre:

—Yo fui quien habló con la subdirectora y ella estuvo de acuerdo.

—¿Y qué persona le aplicó el examen?

—Yo le leí las preguntas y él las contestó por sí mismo.

El director se reacomodó en su sillón y dijo:

—Pues no podemos admitirlo, lamentablemente.

—¿Por qué motivo, señor? –inquirió mi asesora.

El ingeniero encendió otro cigarro y dijo con voz grave:

—No es posible admitirlo, maestra. En primer lugar, porque, como usted sabe, en esta secundaria contamos con talleres de electricidad, de electrónica, y no creo que el joven pueda desarrollar el trabajo como los demás alumnos.

La maestra Angélica intentó explicarle, pero él no se lo permitió y, dándole mi expediente, dijo:

—Sí, maestra, pero... yo no deseo hacerme responsable de que pueda ocurrirle un accidente.

Y cuando mi madre intentó intervenir, el ingeniero Zabaleta agregó:

—Yo no niego que los ciegos sean inteligentes, y que puedan estudiar, pero me parece conveniente que lo hagan en escuelas a las que asistan personas con el mismo problema; y, luego, nos despidió. Debido a esa mala experiencia, mi entusiasmo decayó. Mientras atravesábamos el patio, la maestra Angélica nos comentó que buscaríamos otra escuela, pues no era posible que no continuara mis estudios por la falta de comprensión de aquella persona. Por la noche, doña Licha le dijo a mi mamá que el director de la secundaria en la que había estudiado Manolo era muy amable y que no perderíamos nada con ir a verlo.

—¿Y si también me rechaza? –le pregunté a la señora, con los ojos húmedos.

—Pues se busca otra escuela, m'hijo –respondió, regando sus macetas.

—Pero, ya hicimos todo lo posible –murmuró mi madre.

La vecina ignoró sus palabras y, acariciándome la frente, dijo:

—Si no te dan la oportunidad de demostrar tus capacidades, ¿cómo puedes hacerlo? Yo misma te he visto ir, con ayuda de tu bastón, a la tienda, y don Chucho me ha dicho que sabes reconocer las monedas y que sabes hacer bien las cuentas.

No sin temor a ser rechazado, fuimos al día siguiente a la secundaria.

Nos recibió un señor, quien al oír de labios de mi asesora lo que había ocurrido, se me acercó y dijo:

—En esta escuela te daremos la oportunidad como a los demás muchachos, pero tendrás que poner mucho empeño. No entiendo por qué esa persona te negó la posibilidad de estudiar. Yo soy abogado y sé muy bien que en la Constitución hay artículos que prohíben la discriminación, y otros que establecen el derecho a la educación para cualquier persona.

Antes de salir de su oficina, el director me contó que en la Facultad de Derecho había conocido a un compañero ciego, y que lo admiraba porque él había sido quien siempre había obtenido las mejores calificaciones. A la segunda persona que conocí en esa secundaria fue a una prefecta que me recibió con mucho cariño. Después, me ayudó a sentarme en la última banca del lado derecho. Se paró en el centro del salón, y dijo:

—Muchachos, guarden silencio, porque tengo que decirles algo. Pero, al parecer, la juventud de aquella prefecta no imponía la suficiente autoridad, y tuvo que levantar la voz para conseguir que, después de varios minutos, los alumnos guardaran silencio.

—¡A ver, Ara, ya dinos! –exclamó una niña que a mí me pareció muy simpática.

—Pues, nada más quiero presentarles a un nuevo compañero.

Y luego se dirigió hacia mí:

—Vamos a ver, muchacho, levántate y diles cómo te llamas y cuántos años tienes, para que te conozcan. Yo intenté levantarme, pero las piernas me temblaron y no pude pronunciar una sola palabra; como si el frío de septiembre me hubiera congelado la voz en la garganta.

—Ven, por favor –dijo Araceli al acercarse a mi banca y darme la mano.

—Me llamo Guillermo Sandoval y tengo 15 años–dije un poco asustado. De pronto, un remolino de risas llegó hasta mis oídos y me obligó a rozar con las manos el filo helado de mi asiento. ¿De qué se reían aquellos muchachos? Tal vez de mi nombre, o, ¿sería que llevaba el suéter al revés, y se habían dado cuenta?

—No te preocupes –dijo la prefecta acariciándome un hombro, ya te conocerán y verás cómo se hacen tus amigos.

No logré poner atención cuando el maestro de matemáticas entró y explicó lo que aprenderíamos en el primer mes de su clase. Yo pensaba en cómo me irían a tratar mis nuevos compañeros a la hora del recreo. Con esta idea revoloteando en mi cabeza, me sentía como un gato dentro de un barril. Al oír la chicharra, no me levanté como lo hacía en el Instituto, donde junto con Aldo, Ricardo y Gabriel íbamos a jugar a los jardines con una pelota llena de municiones. Los otros alumnos salieron a toda velocidad y yo escuché perderse sus voces en los pasillos y en las escaleras.

—¿Usted no va a salir? –oí que alguien me preguntó.

—No –contesté, reconociendo la voz del profesor de matemáticas.

—¿Por qué, joven? –y, sin esperar mi respuesta, agregó: –Permítame guardar mis cosas, y ahorita nos vamos.

—Sí –murmuré, poniendo mi portafolio encima de la banca. Al cabo de varios segundos, el maestro me pidió que lo tomara del brazo, con mucha naturalidad.

—¿A dónde quiere ir? –preguntó él al bajar una larga escalera.

—Al patio –dije en voz baja, deseando que se quedara a mi lado todo el tiempo. Pero, eso no era posible, y, cuando nos detuvimos frente a una jardinera, me dijo:

—Bueno, jovencito, aquí lo dejo. Cuando me quedé solo, me di cuenta de que había olvidado mi bastón y que sólo tenía en las manos una bolsa de plástico. Comí la torta de pollo, tomé el jugo y me puse a juguetear con el triángulo de cartón. Los demás muchachos pasaban corriendo junto a mí, y al oírlos, recordé aquel día de octubre en que al verme solo, una de las niñeras que trabajaban en el Instituto me había presentado a un compañero para que jugáramos. Mientras Gabriel le daba vueltas al carrusel, me contó que Lidia le había regalado un violín.

—Hola, ¿quieres un dulce? –escuché que una voz preguntó, entre el barullo de los adolescentes.

—Sí, –contesté, sin tener la plena seguridad de que era a mí a quien

le hablaban. De pronto, una paleta de bola ocupó el hueco de mi mano izquierda.

—¿Cómo te llamas?

—Guillermo.

—Yo soy Vanessa y voy en tu salón.

Después de sentarse en el piso frente a mí, creo que para observarme mejor, aquella niña preguntó:

—¿De qué escuela vienes?

Me sentí mucho mejor y, mientras los demás gritaban y corrían a nuestro alrededor, le dije que había estudiado en un Instituto para niños ciegos. Cecilia vino por mí a la hora de la salida. Yo estaba muy feliz al pensar que si había empezado bien la semana, me podría ir mejor durante todo el año. Pero también es verdad que la dicha es un rayo que se apaga en cualquier momento.

—¿Quieres un refresco? –me preguntó mi hermana al llegar a la puerta de El Naranjito.

—Sí –contesté, mientras me sentaba encima del portafolio de plástico, que mi papá me había regalado en mi cumpleaños. Le conté a Ceci que había conocido a una niña muy simpática y que la maestra de ciencias sociales me había dicho que si yo sentía que ella estaba dictando muy rápido, que se lo dijera, para que lo hiciera más despacio. Me quedé callado cuando alguien me tocó un hombro, y riendo dijo:

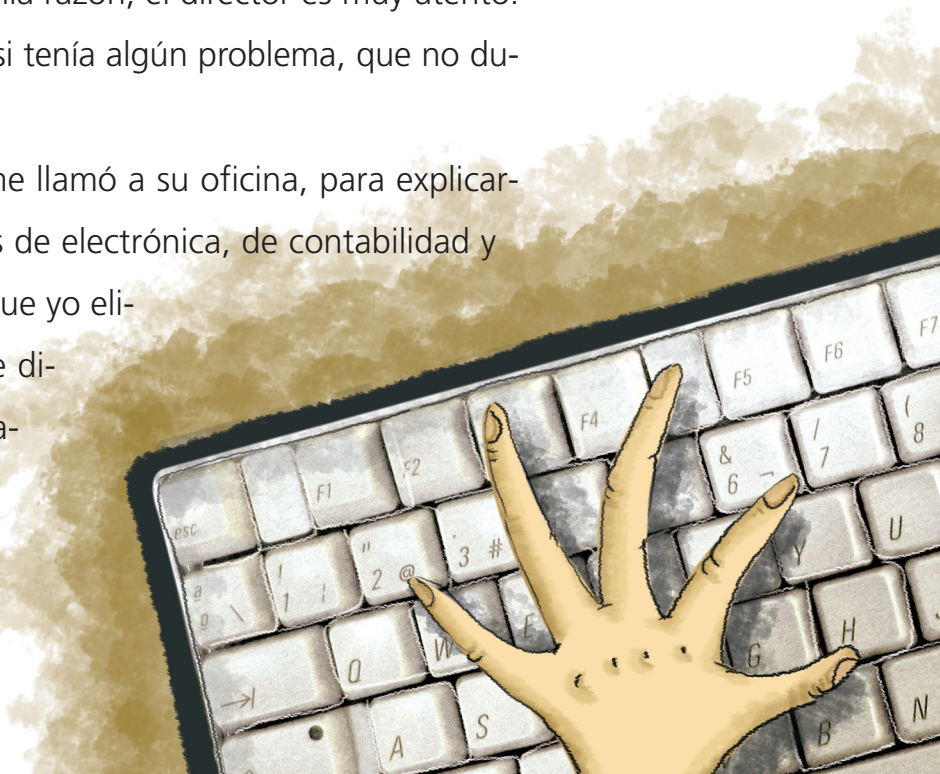
—Nos vemos mañana, Memo.

Era Vanesa, quien había entrado a la tienda para comprar un jugo y me había escuchado.

Esa misma tarde, la vecina fue a mi casa. Quería preguntarme cómo me había ido en el primer día de clases.

—Muy bien, doña Licha. Usted tenía razón, el director es muy atento. Me dijo que estudiara mucho y que si tenía algún problema, que no dudara en ir a verlo.

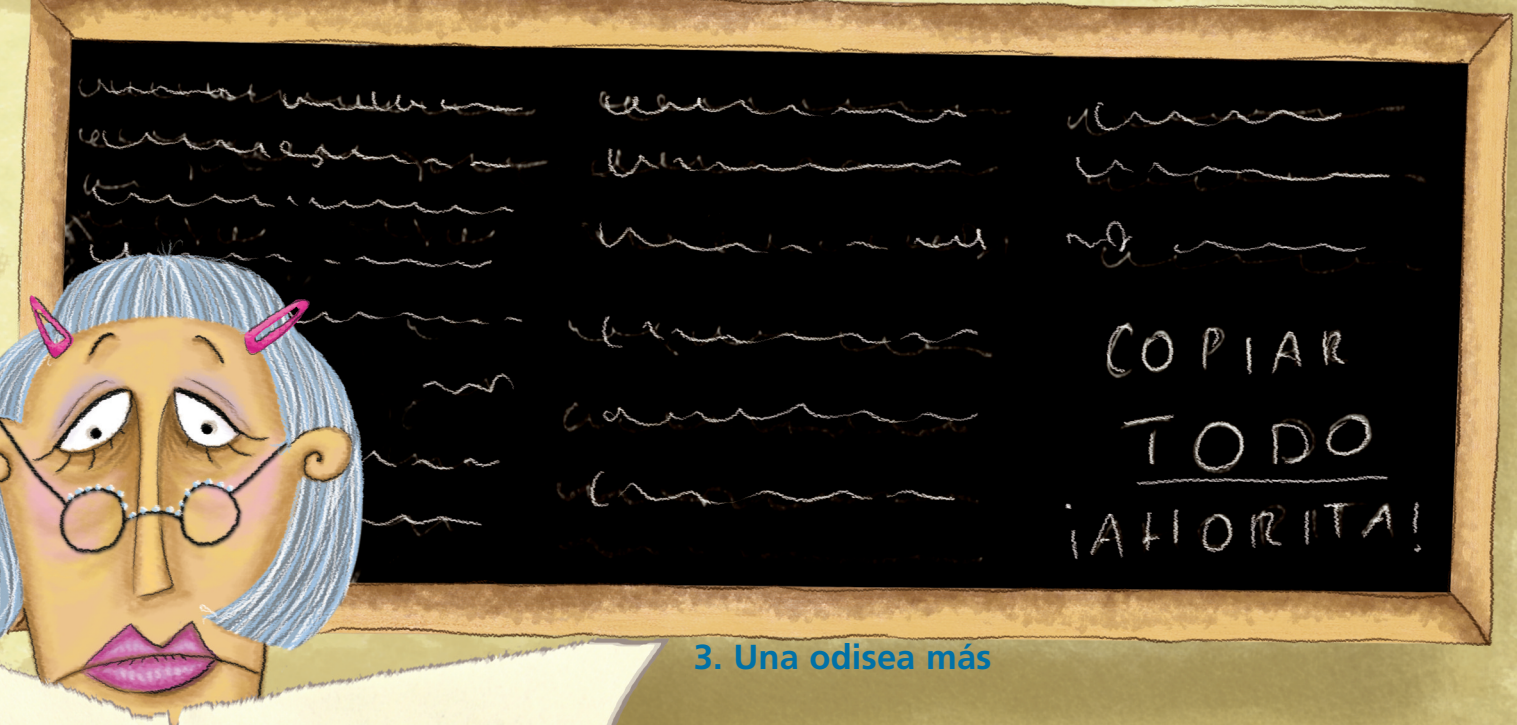
Al día siguiente, la subdirectora me llamó a su oficina, para explicarme que en esa escuela había talleres de electrónica, de contabilidad y de secretariado. Que era necesario que yo eligiera alguno. Sin pensarlo mucho, le dije que me gustaría el de mecanografía; y Cielo –que así le llamaba toda la gente a esa profesora– estuvo de acuerdo. En otras secundarias, ese



taller sólo era para mujeres, pero todo mi grupo subió al taller en el que una maestra muy joven me pidió que me sentara frente a su escritorio, para que ella misma me enseñara el teclado.

El tiempo transcurrió, y recuerdo que Vanessa me dijo riendo alguna vez que yo era el consentido de la maestra Silvia. Mi compañera lo decía, entre otras cosas, porque a mí la profesora nunca me llamaba la atención. Sin embargo, a ella la regañaba, pues en vez de estar haciendo la digitación, estaba hablando, o la sorprendía levantando el cubreteclado. Yo me sentía muy feliz. Los niños y los maestros me apoyaban y me respetaban. Sin embargo, aún no conocíamos a la profesora de español. En cierta ocasión, oí decir a Araceli que Claudia, la maestra encargada de nuestro grupo, había tenido que renunciar porque estaba enferma, y que pronto llegaría el nuevo profesor. Me pregunté si le gustaría la poesía, como a mí.

Además de ser un buen poeta desde su adolescencia, Neruda fue también un gran viajero. Su temprana estancia como cónsul de su patria en lugares remotos como Birmania, Ceilán y Java, le abrió la conciencia a otras realidades.



3. Una odisea más

Todo habría ido bien en mis estudios, si no hubiera tenido la necesidad de empezar otra vez. Digo esto, porque una mañana fría de enero entró al salón una maestra, quien después de escribir en el pizarrón, dijo:

—Copien este texto. Mañana vamos a hacer un ejercicio de poesía coral.

Como en otras ocasiones, me incliné sobre mi banca y, tocando el hombro de Vanessa, le pedí que me dictara. Ella me empezó a dictar los primeros versos que había escrito un poeta llamado Pablo Ne-

ruda. A mí me gustó aquel poema, porque hablaba del amor, del viento, del cielo y de la noche. Al cabo de unos minutos, la profesora preguntó:

—¿Quién es el que está hablando?

—Yo –respondió mi amiga.

Entonces, la maestra se levantó de su asiento y la sacó del salón.

Así pasaron las semanas; semanas en que mi entusiasmo disminuyó, pues mientras que en la clase de matemáticas el maestro me dictaba las operaciones, y hasta se sentaba a mi lado para explicarme lo que había escrito en el pizarrón, en la clase de español no podía pedirse ni una pluma prestada sin que la profesora Sara reprendiera al muchacho que la solicitaba. No fue fácil para mí conseguir buenas calificaciones o, por lo menos, calificaciones regulares, pues aun cuando Cecilia me ayudaba a hacer la tarea, siempre había algo que a la profesora no le gustaba. Con el tiempo, todos los alumnos comenzamos a experimentar un sentimiento de inconformidad: su materia era la más aburrida, pues nos exigía que copiáramos los ejercicios de prisa y tal como los había escrito, mientras ella se entretenía leyendo el periódico.

Una mañana de mayo, la maestra Sara nos anunció: "El examen final consiste en leer *La Odisea* y en responder 25 preguntas".

Al día siguiente fui con Vanessa a una librería. Mientras nos buscaban la obra de Homero, le comenté que deseaba comprar el libro de Neruda.

—¿Cómo se llama el libro de ese poeta?

—*Veinte poemas de amor y una canción desesperada* –respondió mi amiga, que desde los seis años había aprendido a leer, por enseñanza de su abuela. Al lado de Vanessa yo me sentía muy a gusto; recuerdo que a la hora del recreo, o cuando esperábamos el camión, ella me decía que deseaba ser una gran actriz como la Montejo. Cuando salimos de la librería, mi amiga me leyó tres o cuatro poemas, sentados en la entrada de una farmacia.

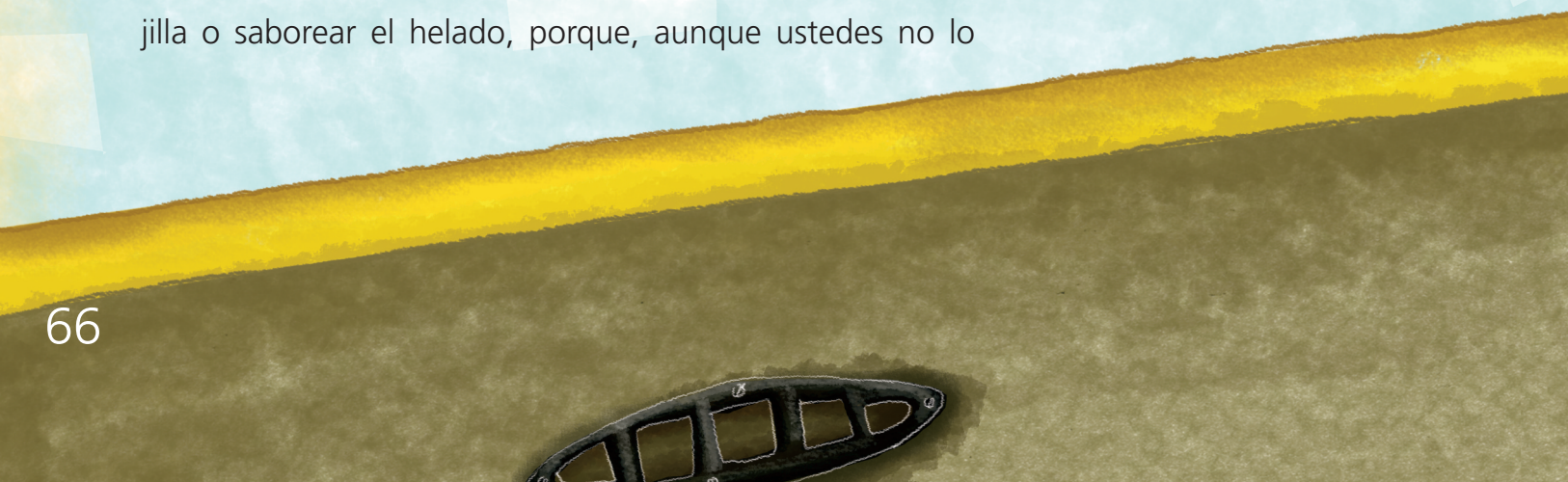
—¿No se te antoja un helado, Memo? –me preguntó Vanessa, después de darme los libros, para que los guardara en mi portafolio.

—Sí, uno de mamey.

—Si tú quieres, podemos leer *La Odisea* a la hora del recreo, o puedes ir a mi casa, por las tardes.

Las palabras de mi amiga me llenaron de confianza, pues, aunque la profesora Sara era muy exigente, con la ayuda de Vanessa tenía la plena seguridad de llegar bien preparado al examen.

—Gracias, Vane –le dije, mientras dudaba en darle un beso en la mejilla o saborear el helado, porque, aunque ustedes no lo



crean, siempre he sido muy tímido. Pero ella fue quien me dio el beso y riendo me dijo:

—Ya verás que terminaremos el libro y que pasaremos el examen de La Champiñón. Yo nunca supe bien por qué le decían así a la maestra de español, y tampoco tuve la curiosidad de preguntárselo a mis compañeros.

En los días perdidos de mi infancia, yo también fui el blanco de muchos apodos; no entiendo por qué, si el hombre y la mujer tienen un nombre propio, por qué faltarles al respeto poniéndoles otro. Vanessa me acompañó a mi casa y por el camino nos hicimos muchas bromas, para no pensar en que el próximo lunes empezarían los exámenes finales.

Después de aplicarle el examen a mis compañeros, examen que por cierto Vanessa no pudo terminar, porque una fiebre repentina se lo impidió, la maestra de ciencias sociales me pidió que fuera a su mesa. Mi examen oral consistió en contestar diez preguntas sobre la vida y la obra de Mahatma Gandhi. Llegué muy contento a mi casa, y les enseñé a mis papás la nota que la profesora Guadalupe Olivares escribió debajo de la fotografía del abogado y pacifista hindú. Más tarde fui a casa de Vanessa, con el propósito de leer el capítulo VI de *La Odisea.* Pero su abuela me dijo que ella había ido al doctor. Ya en mi casa, mientras repasaba una lista de verbos, doña Licha me avisó que me llamaban por teléfono. Era mi amiga.

—Hola, Memo, ¿qué estás haciendo?

—Estudiando para el examen de inglés.

—Qué bueno.

—¿Y tú, cómo estás? –le pregunté muy preocupado.

Entonces me dijo algo que yo no me esperaba:

—Fíjate, Memo, que tengo varicela y que no podré ir a la escuela, por lo menos en dos semanas.

4. Ulises y yo

—¿Qué te pasa, m'hijo? –me preguntó la vecina, al verme muy preocupado.

Entonces, le conté lo que me sucedía.

—Si yo pudiera leerte ese libro, créeme que lo haría, pero apenas si puedo firmar las boletas de Manolo –me dijo.

—No se preocupe, doña Licha. Usted siempre me ha dado buenos consejos y también me ayudó a convencer a mis papás de que me dejaran estudiar –le dije y entré a mi casa. Por esa época, Cecilia había dejado de ayudarme, pues sus estudios en la facultad de psicología le ocupaban todo el tiempo. Mi papá sólo me leyó algunos capítulos por la noche, y cuando no llegaba muy cansado de la cervecería. Dos días después, la maestra Sara entró al salón; repartió el cuestionario y dijo:

—No voy a hacer concesiones. Ustedes tuvieron el tiempo suficiente para terminar de leer el poema épico.

—¿Todo esto tenemos que responder? –preguntó el jefe de grupo.

—Sí –murmuró la profesora hojeando el periódico.

Por la pregunta de Israel, yo comprendí que el examen estaba muy difícil. Cuando la maestra pasó a mi lado, para recoger el cuestionario, le pregunté con inseguridad:

—¿Cuándo me podría hacer el examen?

Ella me miró unos segundos y luego dijo:

—Ve a buscarme la próxima hora, a la sala de maestros.

Le pedí permiso al maestro de matemáticas para salir, y él le dijo entonces a Israel que me acompañara. Mientras atravesábamos el patio donde todos los lunes le rendíamos honores a la bandera, me pregunté cómo le estaría yendo a los niños con los que había estudiado en el Instituto. Recordé que Aldo quería ser abogado, Gabriel violinista y Laura soñaba con ser escritora como yo. Desde aquel mediodía de junio en que habíamos recibido nuestros certificados, no sabía nada de ellos.

—¿En qué piensas, Memo? –me preguntó Israel.

—En nada –le contesté muy nervioso.

—¿Leíste todo el libro? –me preguntó la maestra Sara, mientras hacía tintinear una cuchara contra una taza.

—Nada más hasta el capítulo X.

—Pues vamos a ver –murmuró.

Y yo empecé a ponerme más nervioso.

—¿Cómo se llamaba el hijo de Odiseo?

—Telémaco –murmuré, y exhalé un suspiro.

—¿Cómo se llamaba la diosa de los ojos brillantes?

—-Atenea –respondí, con las manos crispadas sobre la orilla de la mesa.

La profesora me hizo no sé cuántas preguntas más, que yo contesté vagamente; recuerdo que la pregunta que más me puso a temblar fue ésta:

—¿Y qué nombre tenía el recipiente en el que los héroes bebían el vino?

Después de apretarme la frente, pues no era fácil recordar todos esos nombres, me atreví a decir:

—Cráteras.

Entonces, ella me dijo que mi examen había terminado y que ya podía volver al salón.

—¿Qué tal le fue, joven? –me preguntó el maestro de matemáticas.

—No lo sé. La maestra Sara nos pidió leer *La Odisea* y yo no pude terminarla.

—¡Pues, tendrá que conocer de algún modo todas las aventuras del buen Odiseo! –exclamó riendo–, pero no se preocupe, usted es muy inteligente y ya verá que la próxima vez le irá mejor.

Sin comprender el fondo de sus palabras, me despedí y fui a buscar a mis compañeros al taller de secretariado.

Por la noche, le conté todo a mis padres y ellos comprendieron la situación.

—Mañana voy a ir a hablar con don Enrique –dijo mi mamá. Su decisión me permitió dormir más tranquilo.

—¿Podemos hablar con el señor director? –preguntó mi madre, cuando salió a recibirnos una secretaria.

—Desde hace una semana que él ya no trabaja aquí.

Yo sentí que el cielo se derrumbaba sobre mi cabeza. Si don Enrique ya no estaba, ¿quién podría resolver mi problema?

—¿Por qué no van a hablar con Cielo? –propuso Araceli, cuando le conté que la profesora de literatura me había reprobado.

Sin mucho ánimo fuimos a buscar a la maestra Celia. Ella nos recibió muy sonriente. Luego me dijo que mis compañeros también habían ido a verla, porque no estaban de acuerdo con las calificaciones.

—¡Es increíble que todos hayan reprobado! –exclamó la subdirectora.

—Lo que sucede es que es una obra muy difícil –comentó otra maestra.

Más tarde me enteré de que aquella profesora se llamaba Claudia, y que había vuelto para retomar los grupos a su cargo.

—Quédate tranquilo– me dijo la maestra. Dentro de unos días, yo misma volveré a hacerles el examen.

En uno de los pasillos de la escuela, me encontré con el maestro de matemáticas. Me ofreció su hombro y me pidió que lo acompañara hasta la calle. Abrió su coche y buscó algo en el asiento posterior.

—¿Usted sabe qué es esto? –me preguntó al darme un paquete muy grueso.

—Creo que sí, maestro

Ulises –le contesté, mientras trataba de leer con mi mano izquierda el título de aquel libro.

—Pues léase las hazañas de mi tocayo –dijo riendo y luego subió a su automóvil.

En mi opinión, la obra del poeta chileno se puede dividir en cuatro periodos, que son: la poesía amorosa, la poesía expresionista, la social y la épica.

5. La inminencia del retorno

Llegué a mi casa y, después de comer, saqué una silla al patio y abrí el libro. Al pasar los dedos por aquellas páginas, una gran alegría me inundó. Aun cuando no era fácil comprender todas aquellas palabras, disfruté las aventuras que le sucedían al héroe griego.

El viernes siguiente, la maestra Claudia me hizo de nuevo el examen, que respondí con mucha seguridad.

—Eres un muchacho muy estudioso –me dijo ella, después de anotar en un cuaderno la nueva calificación.

Todos los alumnos queríamos y respetábamos a esa profesora, porque nos leía poemas, cuentos, y siempre nos explicaba lo que no entendíamos. Ella fue

quien me ayudó a corregir mis primeros cuentos, y recuerdo que un día me regaló las *Odas elementales,* otro libro de Neruda que Vanessa me leyó cuando pudo volver a la secundaria.

Ahora Vanessa trabaja en una compañía de teatro y yo preparo mi primera novela. A veces vamos a tomar un helado y recordamos la época en que nos conocimos.

Dejo la autobiografía de Neruda sobre el escritorio y me levanto para abrir la puerta de mi departamento.

—Hola, mi amor, ¿qué tal va el ensayo? –me pregunta Vanessa después de darme un beso.

—Apenas tengo escritos dos o tres párrafos –le confieso, abriendo la ventana.

—¿Por qué?

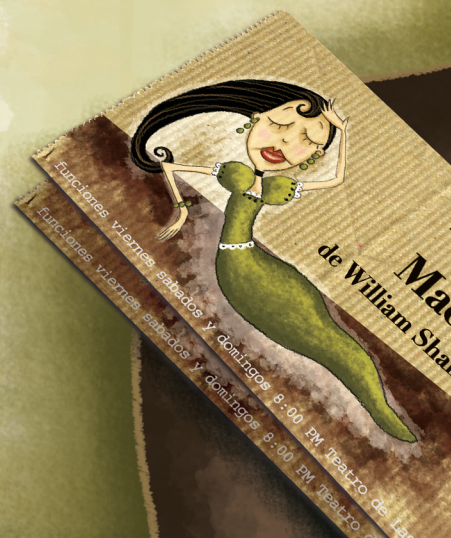
—Porque estuve pensando en lo que me dijiste ayer.

—¿Lo de la maestra Sara? –me pregunta mientras hojea el libro de Neruda.

—Sí, creí que nunca más volvería a encontrarla y ya ves lo que es la vida.

—¿Y no te preocupa que ella forme parte del jurado para la beca?

—Un poco. Es verdad que no tuve la suerte de nacer entre libros, como Julio Cortázar o Katherine Anne Porter, sino en



el seno de una familia sencilla, pero Neruda es uno de mis poetas favoritos y, como dijo Hemingway: "Mientras se pueda empezar, no hay problema".

La decisión de los campeones

Patricia del Río Herrera

Miércoles

—¡Goooool! Lo prometo, faltaban sólo cinco minutos para que terminara el partido y Marcel anotó –le decía Diego a su mamá emocionado, con una sonrisa doble, primero, porque le encantaba saberse parte del equipo ganador– ¡Es una sensación fabulosa! –y segundo, porque le encantaba platicar con su mamá, ya no lo hacía con frecuencia porque no le gustaba que lo vieran como el "niño de mamá", pero esta victoria bien valía la pena– ¡Fue increíble! ¡Irrepetible! –exclamó–.

Hubieras visto la cara de los del otro equipo, quisieron correr y llegar a nuestra portería, pero el árbitro tocó el silbato y… ya habíamos ganado la final, mamá. ¡Somos campeones regionales! ¡De aquí a la estatal… la nacional! Si seguimos ganando, al mundial. ¿No es súper?… –se quedó pensando, y luego dijo:– Bueno, bueno, ya llegamos hasta aquí… a ver cómo nos va cuando inicie el estatal, dicen que hay equipos muy fuertes.

"Te sigo contando, después del silbatazo nos dimos cuenta de que lo habíamos logrado, que éramos campeones. Santiago saltaba como loco, Lucas gritó fuertísimo, '¡Lo logramos!', corriendo hacia la portería. Darío demostró ser un porterazo, paró por lo menos cinco goles, y eso que en el otro equipo estaba Javier El Goleador, ¡ése sí que tira duro!… Oí por ahí que le rompió la mano al portero de un equipo el otro día. Pero corre lento, yo le gané dos bolas con mi velocidad. Aún así, no puedo negarlo, tira de miedo. ¿Sabes, ma'?, me dio tristeza, porque cuando terminó el partido les dimos la mano a los jugadores del otro equipo y traían los ojos rojos. Ellos tomaron muy mal nuestra victoria; creo que estaban muy creídos de que nos ganaban porque se fueron a los vestidores muy tristes, y además, dice Lucas, le dio la impresión de que un papá se puso rudo con uno de ellos por perder. ¡Qué exagerado!… Lo prometo… Nos lo dijo en los vestidores cuando nos fuimos a cambiar antes…

Aquí frenó, su mamá se dio cuenta de eso y, como es obvio, inmediatamente preguntó:

—¿Qué pasó en los vestidores?

Diego se quedó callado un momento, soltó aire, como cuando uno se da cuenta de que lo que viene es muy importante, pero uno lo quiere decir y no sabe si empezar o no, intuyendo que será el inicio de una gran plática, de esas que tanto les gusta a los papás. Todavía callado respiró, tomó aire otra vez, y así comenzó su historia:

—Bueno, cuando llegamos a los vestidores, el entrenador venía con nosotros y nos reunimos para informarnos de cuánto tiempo teníamos para cambiarnos antes de la premiación; también nos dijo que nuestros

patrocinadores nos iban a otorgar uno de tres premios por haber ganado.

Su mamá, ya intrigada, preguntó:

—¿Y cuáles eran los premios?

—Mamá, no te adelantes, el entrenador nos dijo que no nos preocupáramos, él ya había seleccionado uno para nosotros –como globo desinflado continuó–: vamos a ir un día a la pileta.

"Ya nos habíamos ilusionado con ganar un premio… pero, ¿ir a la pileta? Armando, desilusionado, le preguntó al entrenador: '¿Y cuáles son las otras opciones?' Él lo vio con cara de sorprendido y

dijo: '¿Cómo, no les ilusiona ir a la pileta?' Santiago rápidamente contestó: '¿Cómo vamos a saberlo si no conocemos nuestras opciones? Si hay opciones es para que tomemos una decisión, y nosotros no tuvimos nada que ver con la elección'… –Volteando a ver a su mamá, continuó Diego:– No es lógico mamá, no se vale que el entrenador nos imponga su voluntad, ya somos grandes y podemos escoger… nosotros ganamos con nuestro esfuerzo, nosotros somos los que entrenamos, nos esforzamos, trabajamos y metimos goles… creo que todos asentimos y el entrenador se dio cuenta de que no íbamos a aceptar su decisión impuesta. Yo no sé si lo hicimos para demostrar que ya no somos niños, o por la curiosidad de saber qué perdíamos. Nos unimos y formamos un círculo alrededor del entrenador para oír con detenimiento las otras dos opciones. Él nos dijo que había tres patrocinadores importantes en este último partido y que ellos nos ofrecían uno de tres premios. El primero ya lo sabíamos: el día en la pileta; el segundo, tres uniformes completos marca Mucho Futt… Tú sabes ma', son los mejores, son los que usan los profesionales…

Bueno, tres se refiere a que sólo tres personas podrían tener un uniforme completo, teníamos que escoger quiénes se los llevaban, no podríamos repartirlos entre todos, porque los ajustan a la medida de la persona que los va a recibir; la otra opción eran dos lugares para el campamento de verano de dos semanas "Entrena con la selección nacional", creo mamá que ése era el mejor premio, pero sólo podían ir dos personas. Sabes ma', casi a todos se nos iluminó la mirada… Yo ya me veía por unos segundos en el campamento, jugando con los mejores, en mi uniforme nuevo. ¡Uf! Hubiera sido tan lindo, pero sólo se podía uno u otro y para muy pocos. En eso el árbitro entró buscando a nuestro entrenador y salieron juntos a

ver unos asuntos con las tarjetas o yo qué sé, pero el entrenador antes de salir nos dijo: 'Ahorita regreso, escojan su premio rápido porque tengo que informarlo al Comité antes de la premiación, y apúrense porque tienen que estar listos para recibir su medalla'… Mamá: ¡casi desaparece el equipo por tomar esta decisión!

"En lo que salía el entrenador, Marcel, sin contar ya con la atención de aquél, se apresuró a decir: 'Pero, ¡ya sabemos! Quiero ir al entrenamiento con la selección'. Todos le seguimos al unísono con un: 'Yo también, yo también'. En eso, Armando nos interrumpió entre risas diciendo: '¡Ja, ja, ja! Sí que son ingenuos, ¿por qué creen que van a ir ustedes y no yo?'

Para Darío fue fácil contestarle: '¿Por qué no? Yo soy el portero, sin mi aportación al juego no hubieran tenido chance de alcanzar alguna victoria; les hubieran metido goles como locos. ¿A ver, quién de ustedes puede parar goles como yo? Yo soy más de la idea de un buen equipo… unos guantes a mi medida serían súper, pero si la opción es ir a entrenar con la selección, yo soy uno de los que más se lo merecen'. Marcel, quien anotó el último gol, dijo apresuradamente: 'Pues ya está decidido; Darío, vamos tú y yo, si yo no hubiera metido gol no estaríamos aquí decidiendo'. Y en actitud de todo está resuelto, los dos se encaminaron a la salida a decirle al entrenador su idea y respuesta. Lucas, quien nunca se deja fácilmente, les cerró el paso. Y dijo: 'Perdón, pero esto no está decidido, falta que lo aceptemos todos, y yo no estoy de acuerdo; yo también aporté muchas cosas al juego: si no bloqueo varios balones, ¿quién sabe si Darío los hubiera frenado?; y Marcel: si no te bloqueo al otro jugador, ¿quién sabe si hubieras podido anotar? Creo que todos hicimos algo importante en el juego y no se me hace justo que sólo porque sí, uno de ustedes vaya al

campamento sin que yo haya tenido chance u oportunidad. Yo no pedí mis opciones para que tú me las quites tomando mis decisiones'. Darío quiso abrirse paso a golpes, pero todos nos metimos y terminamos evitando que salieran a la fuerza. Así fue en principio, pero después todos quisimos ser los ganadores de esos lugares en el campamento… –con cara de arrepentimiento continúa– por eso tengo este moretoncito, mira.

Su mamá ya se había estacionado para oír la historia y lo observaba detalladamente para ver y contabilizar sus heridas; y como vio que no tenía nada grave, le dijo:

—No me gusta que te pelees, eso no es de gente civilizada, tú no eres un animal para imponer tu voluntad a la fuerza. Para convencer hay otros medios…

Diego la interrumpió diciendo:

—Perdón mami, y ya aprendimos eso –y continuó:– ¡pero fue muy rápido! Armando nos separó y dijo: "Ese premio no puede funcionar, son muy pocos lugares". Creo que todos comprendimos y volvimos a concentrarnos en la selección de premios. Poco a poco formamos grupos, cada uno a favor de un premio. Cuatro insistíamos en rifarnos el viaje al campamento; otros cuatro estaban a favor del uniforme, y los demás no estaban seguros de cuál opción elegirían, cualquiera de los dos premios les gustaba, pero creo yo,

como no son muy buenos, sabían que tenían pocas oportunidades. Sebastián, uno de los indecisos, preguntó entonces: "¿Qué es una pileta?" Nadie sabía, todos hicieron cara de "esta es una buena pregunta pero yo no sé la respuesta". En eso, Jaime comentó: "No sé pero suena a un museo; mi hermana fue el otro día a uno y dijo que es muy interesante, pero largo y aburrido… ¡Yo no quiero ir a un museo!" Marcel continúo: "Yo creo que es una fábrica de pilas, las visitas a las fábricas son padres, pero siempre están lejos y los profesores se ponen muy estrictos; yo insisto en que la idea del campamento es mejor, aunque sean dos; así subimos el nivel del equipo y probablemente podremos tener más chance en el campeonato estatal". Armando repuso a eso: "Pero, ¡no vamos todos! Tengo una idea… mira, no nos gustó que otro eligiera el premio por nosotros; más aún si nosotros podemos hacerlo, tampoco nos gusta que un grupo pequeño tome la decisión, así sólo piensan en ellos". En esto Marcel se puso rojo, rojo como jitomate pues se dio cuenta, y agachó la cabeza, le dio pena que su intención hubiera sido tan clara. Y Armando siguió con su propuesta: "¿Por qué no hacemos lo que dijo la profesora el otro día que hacen los ciudadanos mexicanos para tomar una decisión importante como escoger su presidente y sus representantes? ¿Por qué no votamos? Así, mínimo tomamos la decisión del premio, y ya que ninguna opción es buena, por lo menos la elegimos nosotros; si gana el uniforme o el campeonato, rifamos los premios entre

todos, para así por lo menos tener una oportunidad y que sea justo para todos". Rápido Lucas continuó, al ver que todos aprobábamos esta idea: "A ver, alcen la mano quienes votan por el campamento"… cuatro de nosotros la alzamos; como no íbamos a ganar miró con seriedad a Armando y le dijo: "Cómo, ¿tú no vas a votar por el campamento?… Mira que va a estar tu estrella favorita, ahí puedes pedirle un autógrafo, y si no vas tú, te lo traemos." Parece que le atinó y logró que alzara la mano. Entonces Darío lo interrumpió y dijo: "¿Quién vota por el uniforme?" Fueron también cuatro, pero volteó en la misma actitud hacia Sebastián y le preguntó: "¿Ya viste tus zapatos?" Sebastián, apenado porque sus tenis están ya muy desgastados, alzó la mano. Habíamos empatado cinco votos a cinco por ambos premios, faltaba un voto y ése era el que decidiría. Los dos equipos voltearon a ver a Jai-

me; él no había alzado la mano para ninguna pregunta y, al sentir la presión, dijo: "Yo no voto, no se me hace justo que todos nos esforzamos para llegar aquí y que sólo unos cuantos tengan premio. Si acaso voto, es por la pileta donde todos podemos ir; ninguna otra opción me conviene o me convence"... Ma', qué feo es que uno deje de votar; sin su voto no llegábamos a nada, y aunque no le gustaran las opciones, era parte del equipo y tenía que estar con nosotros, en rifa tenía el mismo chance que todos los demás; el voto es bien importante para llegar a una decisión… Darío entonces dijo: "Tú y yo somos amigos desde el kinder, hazlo por mí." Jaime le contestó que no quería votar por esas opciones, él prefería estar y compartir con todo el equipo un paseo aburri-

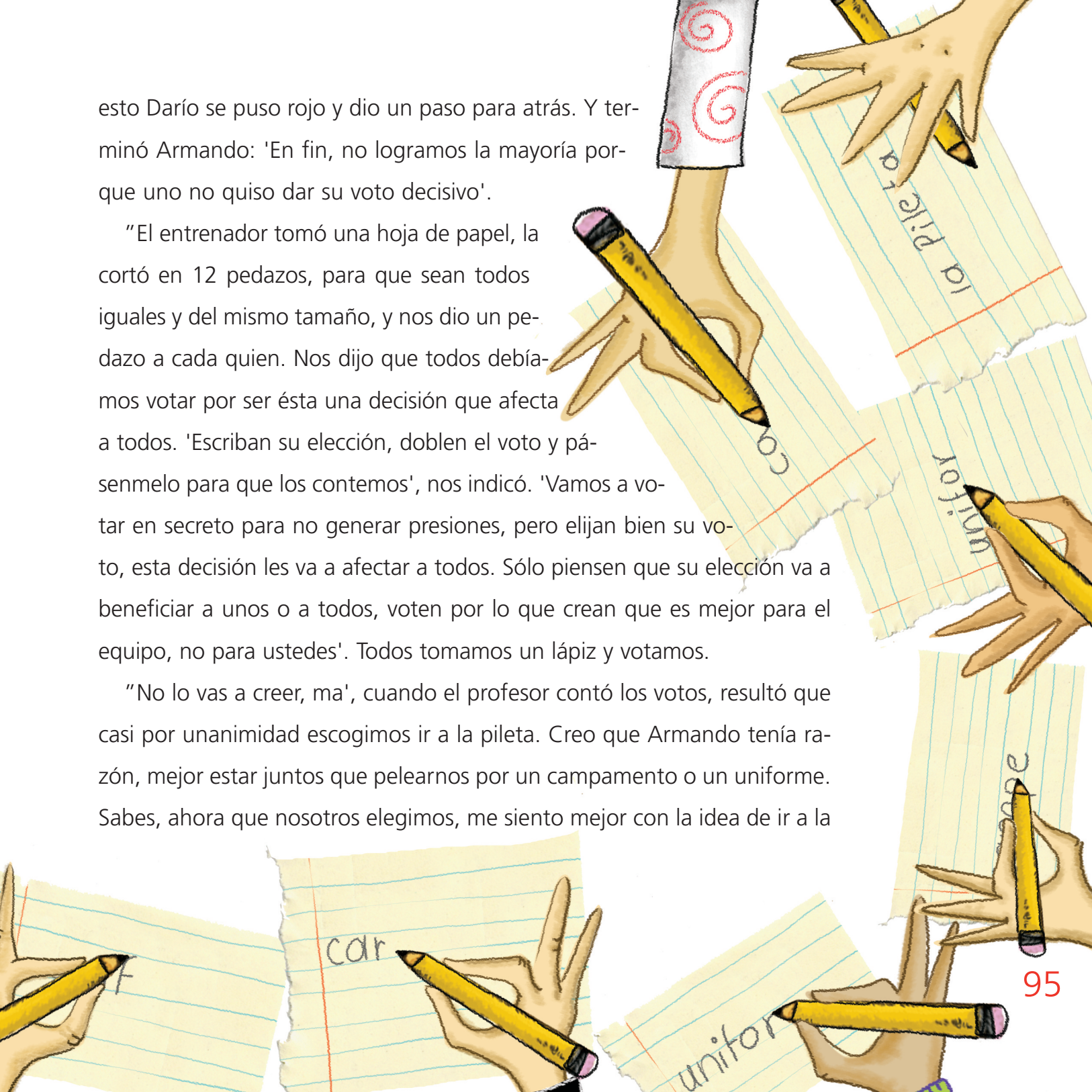
do, a ver cómo dos o tres disfrutan un premio que él también se ganó y no recibiría. Darío, enojado ya por no lograr la mayoría, lo aventó al locker y lo amenazó: "Si no votas te quedas fuera del equipo y dejamos de ser amigos".

"En eso entró de vuelta el entrenador, y aunque nos movimos rápido preguntó: '¿Qué pasa aquí? ¿Por qué no se han cambiado? ¿Ya decidieron qué premio quieren?' Marcel le contestó que en eso estábamos, pero que era muy difícil decidir entre todos: esto nos estaba dividiendo y hasta podríamos dejar de ser amigos porque no es fácil elegir. Y exclamó: '¡Ya no me gusta ningún premio!' El entrenador respondió: '¿Cuál es el problema?' Armando dijo entonces: 'No a todos nos gusta la misma idea, al principio cada quien quiso imponer su voluntad, pero terminamos molestos, sin lograr nada, es que eso no funciona; también votamos y eso generó muchos problemas, ya que algunos se enojan con nuestra decisión y presionan para convencer a otro casi a la fuerza'. En

esto Darío se puso rojo y dio un paso para atrás. Y terminó Armando: 'En fin, no logramos la mayoría porque uno no quiso dar su voto decisivo'.

"El entrenador tomó una hoja de papel, la cortó en 12 pedazos, para que sean todos iguales y del mismo tamaño, y nos dio un pedazo a cada quien. Nos dijo que todos debíamos votar por ser ésta una decisión que afecta a todos. 'Escriban su elección, doblen el voto y pásenmelo para que los contemos', nos indicó. 'Vamos a votar en secreto para no generar presiones, pero elijan bien su voto, esta decisión les va a afectar a todos. Sólo piensen que su elección va a beneficiar a unos o a todos, voten por lo que crean que es mejor para el equipo, no para ustedes'. Todos tomamos un lápiz y votamos.

"No lo vas a creer, ma', cuando el profesor contó los votos, resultó que casi por unanimidad escogimos ir a la pileta. Creo que Armando tenía razón, mejor estar juntos que pelearnos por un campamento o un uniforme. Sabes, ahora que nosotros elegimos, me siento mejor con la idea de ir a la



pileta que cuando el entrenador nos limitó a ir. Lo siento como más mío... bueno, también fue mi decisión.

Su mamá, que tanto había escuchado, le preguntó:

—¿Y, ya sabes qué es la pileta?

Diego contestó con seguridad:

—¡Pues una fábrica de pilas! Eso tiene mucha lógica, suena mejor a que sea un museo, ¿no?

Su mamá, triste, le respondió:

—Diego, qué bueno que descubriste lo importante de una democracia, que es cuando todos votamos por un bien común, por la forma en que se dirigirá nuestro destino; qué bueno que entendiste que también el voto es una responsabilidad de un grupo o sociedad, que todo voto vale y es muy importante para que la votación funcione, y que al votar no sólo tenemos que ver por nuestro bien sino por el mejor bien para nuestro grupo, porque la decisión final es para todos. Veo también que entendieron el valor del voto secreto, que evita que se generen rencillas y conflictos. Sólo me entristece ver que a pesar de su gran capacidad, no te das cuenta de que el desconocimiento de lo que se vota es un error muy importante. No se debe elegir algo que no entendemos o no conocemos. El voto de tu equipo fue bueno porque tus compañeros y tú eligieron la opción que beneficia a todos, lo hicieron por su

equipo, por su bien; pero aun cuando sabían que votaban por algo que no conocían, tomaron una respuesta como válida sin investigar. Siempre conoce tus opciones a profundidad para que tu elección sea la mejor.

Diego había bajado la cabeza, se dio cuenta de que a pesar de los buenos sentimientos, habían votado sin razón, por una idea a medias. Con el miedo de enterarse de que había cometido un error, preguntó:

—Mamá, ¿qué es una pileta?

Su mamá sonrió, sabía que había hecho la pregunta correcta, y aunque tarde, la había hecho. Le contestó:

—Atrás está tu mochila, saca el diccionario y busca la palabra.

Pi f. Medicamento
a de bolita que
ra por vía oral.
se novulatorios
2. Cualquier sentación.
co
Pileta n.g. Ar Par. y Urug.
Pila de lavar.
2.Argent. prevadero.
3.R. de la Plata. Piscina.
~ 391 ~
Pililo n.m. Argent. y Chile.
Persona sucia y andrajosa
Pillar v.tr. 1.Robar,
tomar por fuerza una cosa.
2.Alcanzar a alguien o algo
que se persigue.
~ 392 ~

Eso hizo Diego, y unos minutos después, con los ojos brillando de emoción, gritó:

—¡Jupi! ¡Jupi! ¡Jupi! ¡Qué divertido! Wow, el equipo se va a emocionar cuando les cuente, mamá. ¡Vamos a ir a nadar, una pileta es una alberca! De haber sabido antes ni lo hubiera dudado –se quedó pensando–. Sabes, mami, qué bueno es el voto para elegir entre todos, aunque las opciones no sean muy buenas; pero es muy importante saber bien qué se escoge, porque uno puede descartar una buena opción por tener una idea equivocada... Ma', sí tengo permiso para ir, ¿verdad?

Su mamá lo pensó un segundo y le dijo:

—Te lo mereces.

La banquita de don Anselmo, Una odisea más, La decisión de los campeones, terminó de imprimirse en Litográfica Rimol, S.A., Virginia 361, colonia Nativitas, 03500 México, D.F., en octubre de 2006. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Nilda Ibarguren, técnica especializada "A". El tiraje fue de 6 mil ejemplares impresos en papel bond de 90 gramos y forros en cartulina cuché mate de 210 gramos. Se utilizaron las fuentes tipográficas Goudy y Frutiger.